

FOTOS
ELOY ALONSO

A la izquierda, José Naveiras Escanlar y algunos de los que participan en las excavaciones observan el castro. La piedra de pizarra hincada, foto de la derecha, hace de San Isidro el único castro de estas características que se conserva en Asturias

Situado entre Pesoz y San Martín de Oscos, un equipo que dirige el arqueólogo Elías Carrocera excava en él, por primera vez, durante el mes de agosto

San Isidro, el castro de las piedras hincadas

Pilar RUBIERA

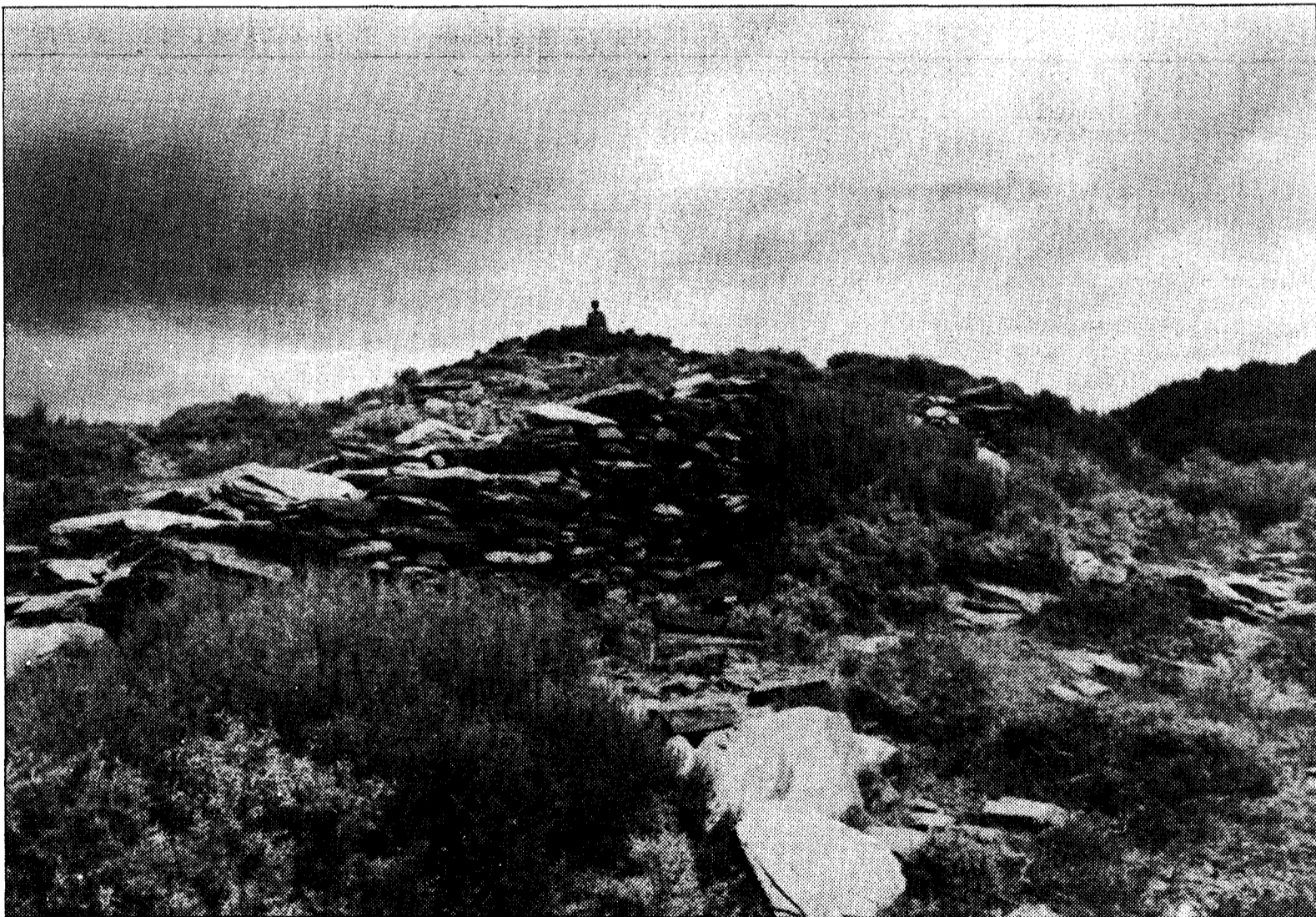
EN una colina situada entre Pesoz y San Martín de Oscos, a una media hora andando desde Lijóu y a un poco más de Bousoño, se encuentra el castro de San Isidro, el único que existe en Asturias de piedras hincadas. Por primera vez desde su descubrimiento, hace unos treinta años, un equipo de estudiantes que dirige el arqueólogo Elías Carrocera, profesor del departamento de Prehistoria de la Universidad de Oviedo, trabajará en él durante el mes de agosto. Las excavaciones están financiadas por la Consejería de Cultura del Principado.

La piedra de pizarra hincada, es decir, clavada en el terreno pendiente, da una personalidad única a este castro, que tiene además la peculiaridad de controlar todo un territorio, algo poco habitual en este tipo de construcciones, ya que lo más frecuente, como ocurre por ejemplo en Coaña, es que defiendan puntos concretos.

Las opiniones de los arqueólogos sobre el origen y el destino de los castros, palabra que viene de la latina «castrum», estuvieron divididas durante algunos años, pero hoy todos parecen coincidir en que se trata de antiguos lugares de agrupaciones humanas similares a una ciudad, con sistemas de fortificación y servicios comunes.

Algunos estudiosos defendieron la tesis de que eran templos en los que los celtas rendían culto a sus divinidades; otros los veían como fuertes para que las poblaciones autóctonas se defendieran de los romanos o, en el caso de los cristianos, se defendieran de los moros. Ahora se sabe que no todos los castros fueron construidos con el mismo fin ni en la misma época, aunque la característica general es que se trata de antiguas viviendas provistas de murallas defensivas, de acuerdo con la importancia del lugar y la topografía del terreno.

Sus orígenes pueden ser prehistóricos aunque, en España, fueron los romanos los que construyeron mayor número de



El castro está situado en una colina, entre Pesoz y San Martín de Oscos, dominando un amplio territorio

esas fortificaciones para proteger los pequeños destacamentos o guarniciones. En su situación y distribución se observa una estrategia definida, y la distancia a la que suelen encontrarse unos de otros hace pensar que podían comunicarse por señales. Por lo general, el castro siempre está próximo a un río, que dificultaba el paso al enemigo y servía para proveerse de agua potable.

Treinta años

La primera noticia que tuvo Elías Carrocera del castro de San Isidro data de los años setenta y fue a través de una publicación inglesa especializada en arqueología, en la que el autor de una tesis sobre piedras hincadas lo citaba añadiendo

que la información se la había proporcionado Emilio Marcos Vallauré, asturianista y codirector del Museo de Bellas Artes de Asturias. José Naveiras Escanlar, director del Museo Etnográfico de Grandas de Salime, asegura que Emilio Marcos y Joaquín Manzanares ya visitaron el castro en la década de los cincuenta. Ello quiere decir que, como poco, hace treinta años que se conoce su existencia.

Toda la cuenca del río Navia está surcada de castros y la explicación se relaciona con el carácter aurífero del río del mismo nombre y su importancia estratégica para las comunicaciones. El tipo de defensa de piedra hincada, única hasta el momento aparecida en Asturias pero bastante frecuente en la

meseta, se construye con la llegada de los romanos.

Navia es precisamente el tema de la tesis que está preparando Elías Carrocera, y uno de sus objetivos es encontrar huellas de la presencia prerromana en la zona, pero hasta el momento la búsqueda ha sido infructuosa: «Tenemos una serie de juicios sobre las prospecciones relacionadas con la altura, las dimensiones y otras características que tal vez no se relacionan con lo que estamos buscando», afirma.

Las murallas se conservan bastante bien en el castro de San Isidro, en el que también son visibles los restos de una antigua ermita, fruto de una posterior influencia religiosa. El resto de los edificios permanecen

ocultos bajo una espesa vegetación que cambia de tono según tape los muros de las casas o cubra espacios más abiertos.

Limpieza y sondeo

La primera tarea del equipo de excavación, formado por una decena de estudiantes de la Universidad de Oviedo y otro grupo de siete personas —un arqueólogo, un topógrafo y cinco peones—, éstos últimos contratados por el Instituto Nacional del Empleo, todos bajo la dirección del profesor Carrocera, consiste en limpiar el castro de vegetación y efectuar una cata, es decir, un sondeo que permita hacer una topografía sencilla.

El trabajo arqueológico está subvencionado por la Consejería

de Educación y Cultura del Principado, pero el grupo cuenta también con el apoyo del alcalde de Pesoz, el aliancista José Manuel Montesión Linera, que ha ofrecido financiar la retirada de los escombros: «La verdad es que el alcalde de Pesoz se está volcando con nosotros», dice Elías Carrocera.

Administrativamente, la situación geográfica del castro es propicia a la polémica ya que, aunque la colina en la que está situado se halla entre Pesoz y San Martín de Oscos, algunos estudiosos consideran que el castro propiamente dicho pertenece a este último municipio.

Duro trabajo

La vida cotidiana de la expedición es dura y suele iniciarse alrededor de las siete de la mañana. Los miembros del equipo, que cenan y duermen en la escuela de Grandas de Salime, se trasladan en coche hasta Lijóu, en Pesoz, y desde allí caminan durante media hora para llegar a San Isidro. El trabajo en el castro se prolonga hasta después de la comida, cuando inician el regreso a Grandas. En automóvil, se accede al castro por una pista en bastante buen estado situada a la mano izquierda de la carretera de Pesoz a Navia, poco después de cruzar el puente sobre el río Agüeria.

El grupo suele dedicar las tardes a estudiar las piezas y objetos que encuentra. El programa puede alterarse algunos días para conocer otros castros o rincones de esa zona de Asturias, pero las excavaciones no se interrumpen aunque llueva: «Nos colocamos un impermeable y a trabajar», afirma Elías Carrocera. Y añade: «Lo que se intenta a la hora de elegir un equipo de trabajo de estas características es que todos tengamos unas aficiones similares, con el fin de evitar situaciones tensas que perjudiquen el trabajo que venimos a realizar».

Al ser la primera vez que se «escarba» en San Isidro, todavía no saben muy bien lo que encontrarán. De momento, la piedra hincada ya es un hallazgo.